

¿PERSONAS INFORMADAS EN EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO?

Nicolás Cruz
P. Universidad Católica de Chile (2010)

Resumen

Este trabajo se pregunta acerca de conectividad a través de la circulación de la información en el vasto espacio del Imperio romano de fines del siglo I a.C. y aquellos inmediatamente siguientes. El énfasis, hasta donde las noticias que tenemos así lo permitan, estará centrado en la información de que podían disponer las personas “comunes y corrientes”, esto es, aquellas que no necesariamente participaban en la red establecida por el gobierno central para hacer circular sus disposiciones y noticias. El poema la *Eneida* de Virgilio nos ha parecido una fuente que refleja bien el estado de la cuestión en la Roma de fines de la República e inicios del Imperio. En un momento muy cercano al recién mencionado, el cristianismo inició su difusión, formando, con el paso del tiempo, una muy bien lograda red comunicacional que permitió hacer llegar su “buena nueva” a todos los rincones del Mediterráneo antiguo.

Palabras clave: Roma, Eneas, Fama, Mediterráneo, Cristianismo, circulación y redes de información, inicios de la época imperial.

*

Este artículo tiene la intención de abordar el tema de la circulación de la información y formación de redes en el ámbito romano antiguo, poniendo en relieve la incidencia de éste en la interconexión del espacio mediterráneo. Nuestro interés principal se centra en la mencionada circulación entre los habitantes “comunes y corrientes”, interrogándose sobre las formas y alcances que tenía la emisión y llegada de noticias, desde y hacia ellos.

Hemos planteado el tema en el marco cronológico del período imperial romano, especialmente entre los siglos I y III d.C., tiempo en el cual terminó de implementarse la infraestructura necesaria para que la circulación de personas, bienes, informaciones, etc., pudiese llevarse a cabo con regularidad entre las distintas partes del Imperio. Múltiples

publicaciones nos han informado con bastante minuciosidad sobre el uso que se dio a esta infraestructura para fines de gobierno y actividad económica; menos, en cambio, sobre su utilización por parte de las personas, quienes llegaban a usarla por motivos muy variados.

A partir de lo señalado es que ponemos en relación los términos de infraestructura y red. La primera fue implementada por el gobierno romano a partir de los tiempos republicanos, y su mantención, y acrecentamiento, fue una responsabilidad asumida de manera constante por el Estado. Más aún, según las informaciones disponibles, la forma que se dio a esta infraestructura fue desde el centro (Roma) hacia la periferia (provincias), no obstante en muchos lugares incorporara caminos preexistentes. Sobre esta infraestructura se establecieron y desarrollaron diversas redes, siendo la más potente de todas la del gobierno imperial. En el mismo momento en que la red de gobierno alcanzaba su máxima efectividad, empezó a instalarse, sobre la misma infraestructura, la red cristiana que hizo posible la difusión de esta nueva religión por todo el territorio. En este segundo caso, y dadas ciertas características particulares que explicaremos más adelante, su utilización fue intensa, constante y creciente a lo largo del tiempo. Nuestro trabajo busca clarificar, a partir de estas dos situaciones, el referido tema de la circulación de la información entre los habitantes del período.

Para ilustrar la idea de la ya mencionada circulación, así como también la percepción difundida que se tenía al respecto en la sociedad romana, hemos elegido el poema la *Eneida* de Virgilio como una fuente de noticias. Para estos efectos, resulta importante destacar que el estado de la circulación de la información en el poema corresponde a aquel del autor Virgilio, esto es, el de las últimas décadas del siglo I a.C., más que al de su personaje Eneas, una figura del siglo XII a.C. Así, cuando el poeta nos indica que, en el ámbito mediterráneo, todos estaban informados sobre los más diversos acontecimientos, de manera precisa y actualizada, parte de una constatación vigente para su tiempo y que transfiere a los siglos anteriores.

La información respecto del tema entre los cristianos exige recurrir a escritos de muy diversa índole (cartas, homilías, discursos, apologías, etc.). Su consulta y debida relación permite formarse una idea medianamente clara de cómo ellos implementaron una red de información que involucró a un creciente número de sus integrantes a lo largo de los tres primeros siglos.

Hemos tenido la oportunidad de destacar que este tema, en su sentido más amplio, se plantea en torno a una infraestructura común, un espacio de tiempo compartido y una misma geografía, pero con objetivos distintos: el primero gobernar y el segundo difundir una creencia religiosa. En un sentido más acotado, se observa que por esta infraestructura circularon las personas y las informaciones que éstas requerían, referentes a los más diversos aspectos, sin descartar, por cierto, aquellas referidas a los familiares, amigos, estado de los negocios y tantas otros.

*

¿Cuál Mediterráneo navegó Eneas y cómo pueden definirse los lugares a los que fue llegando durante la travesía? Una respuesta a esta pregunta vuelve a hacer evidente el tema de los planos sobre los cuales está construido el poema la *Eneida* de Virgilio. Por una parte está el tiempo del viajero mítico que abandonó Troya, una vez que la ciudad fue destruida por los griegos. Esta situación nos ubica en el algún momento hacia los finales del siglo XII a.C., y hace de su viaje un acontecimiento contemporáneo al periplo de Odiseo –el modelo literario para los seis primeros cantos del poema virgiliano- y de tantos otros comandantes griegos que iniciaron sus regresos (*nostoi*) en el mismo período. Por otra parte, el relato de la travesía de Eneas se diferencia del de Ulises en varios aspectos, siendo muy significativo el hecho de que el rey de Ítaca navegó por un mar arcaico, voluntariamente presentado como tal por Homero, que presentaba lugares y habitantes desconocidos para los viajeros que los iban encontrando, como se puede apreciar en los casos de los lotófagos, lestrigones y cíclopes; mientras que Eneas surcará un mar más representativo del tiempo de Virgilio que del de su personaje, un mar de finales del siglo I a.C., momento en el cual, en el ámbito romano, éste había sido recorrido, medido y estudiado de manera detenida. No está demás recordar que en muy poco tiempo encontraremos las monumentales descripciones realizadas por Plinio el Viejo y por Estrabón, verdaderos compendios de toda la acumulación de conocimientos que se había logrado al respecto.

La ruta de Odiseo, como todo lo que se refiere a los poemas homéricos, ha sido y sigue siendo objeto de una constante discusión. ¿Debemos entender que en el poema los lugares visitados corresponden a territorios específicos del mar? Hasta hoy el tema sigue abierto entre quienes abordan el argumento. Una línea, en la que se encuentran Finley (edición inglesa revisada en 1977), Cartledge (2000) y Vidal-Naquet (2000) señala que el viaje, en un territorio marítimo muy vasto, se ordena de acuerdo a un imaginario y no a una geografía precisa¹.

Entre más al occidente se viajaba, más se encontraba tierras generosas en las que los bienes de la naturaleza se daban de manera espontánea e inagotable, pero de manera simultánea escaseaban aquellos modos de convivencia social con los que los griegos se identificaban. Las características centrales de algunos de estos lugares eran el olvido, la violencia y el más profundo desprecio hacia todo y todos. En todos ellos no interesaba saber nada sobre el otro y las informaciones se olvidaban en breve o caían en el completo vacío. En cada lugar al que llegaban los viajeros griegos se les veía dudar sobre la existencia de la ley de la hospitalidad –y de hecho en varias no existía-, así como también de la voluntad de mantener las promesas dadas a este respecto y el temor a que la violencia irrumpiese en cualquier momento, salvo en la isla de los Feacios, por cierto. Cuanto más se alejaban de Ítaca, más tierras aparecían como dominios de magas y ninfas solitarias, y más aguas resultaban pobladas por seductoras o peligrosas habitantes.

¹ Finley, M. en su clásico *El Mundo de Odiseo*, F.C.E., México, 1978 (de la 2ª edición inglesa revisada), p. 191 y ss.; Cartledge, P. *Los Griegos*, Crítica, Barcelona, 2001 (2000), p. 44; Vidal-Naquet, P. *El Mundo de Homero*, F.C.E., México, 2001 (2000), p. 28-30. Lo que se refiere de manera específica a las noticias geográficas sobre la ubicación de Ítaca se encuentra en el particular libro de Bittlestone, R. *Odysseus Unbound. The Search for Homer's Ithaca*, Cambridge University Press, 2005.

Nada de lo anterior se encuentra en el texto virgiliano, puesto que allí cada uno de los lugares a los que llegan los troyanos exhibe una historia –aunque sea breve- e instituciones que están cumpliendo sus funciones. Cartago, en el momento en que los troyanos ponen pie, es una ciudad que se está construyendo en el norte de África y tiene un gobierno encargado de las tareas de levantamiento, defensa y administración de la justicia. Muy cerca de ahí, Jarbas gobierna desde hace tiempo de acuerdo a las leyes y rindiendo culto a dioses propios del ámbito mediterráneo. En Sicilia, Acestes lo hace sobre una ciudad que mantiene sus tradiciones, y del Lacio se dirá más adelante, aunque finalmente no resulta del todo claro, que el gobierno del rey Latino había implicado un largo tiempo de paz, pactos y toma de decisiones conjuntas entre los diversos pueblos que habitaban una parte significativa de Italia. Será justamente la llegada de Eneas y los troyanos lo que hará entrar en crisis toda la red de acuerdos previos en varios de estos lugares. En suma, son tierras conocidas, habitadas por sociedades civiles con importantes grados de organización, en las que, por contraste, ya no queda espacio para lo sorprendente y maravilloso, elemento tan potente en la narración homérica.



La ruta de Eneas. Sobre base 1000years.uazone.net, trabajó Marisol Vidal, PUC (Chile)

En la *Eneida* los lugares visitados por los troyanos aparecen conectados unos con otros, tal como efectivamente lo estaban a fines del siglo I a.C. Una de las líneas a través de las cuales se evidencia esta afirmación es la que se refiere a la circulación de la información. El poema ofrece la posibilidad de una aproximación, no sólo a partir de la circulación de la información oficial (decretos, acciones judiciales, administrativas y militares), sobre la que se

ha acumulado una cantidad importante de estudios hasta llegar a ser un argumento que se conoce relativamente bien en nuestros días, sino sobre la manera en que accedían a ella los habitantes de las distintas partes del Imperio².

En el poema virgiliano, la guerra de Troya, la caída de la ciudad y el viaje de Eneas son hechos conocidos de manera amplia y detallada en el Mediterráneo. En varios de los lugares donde los troyanos llegan encuentran relatos de la guerra (Templo de Juno en Cartago); son reconocidos de inmediato (Creta y Sicilia); o se les solicita, no tanto una narración completa de sus desventuras, como detalles específicos de los sucesos (en Cartago por parte de Dido, Andrómaca en Butroto, Acestes en Sicilia), incluso en más de una ocasión se les agregará información a la que ellos mismos poseen.

El primer encuentro de Eneas con Dido resulta ilustrativo del punto que acabamos de señalar. Luego de la excelente recepción que la reina ha brindado a los troyanos, interroga a Eneas, pero no sobre aspectos puntuales, tales como la figura de Príamo, las armas que usaba Héctor, los caballos de Diomedes o el invencible vigor de Aquiles, que eran hechos generales ya conocidos por ella, sino que, y de acuerdo a la diferencia entre los conocimientos sobre los hechos de la guerra y aquellos del viaje, le pide que le refiriera sus “desventuras y errante viajar” durante los últimos siete años³. Y Dido agrega algo más y que muestra, en una de las escasas noticias que tenemos al respecto, que ella, una fenicia de origen y habitante de la costa de África por adopción, había llegado a enterarse de todo esto porque Teucro de Telamón visitó su Sidón natal, narrándole la guerra de Troya, las acciones de Eneas (de hecho Dido conoce perfectamente su linaje) y las de los reyes griegos⁴. Como tantos personajes del poema, ella demuestra saber todo sobre todas las cosas y en forma detallada.

Hay variados momentos en los que se puede apreciar esta circulación de la información en el Mediterráneo virgiliano. En esta oportunidad centraremos nuestra presentación en algunos de ellos, por considerarlos especialmente ilustrativos: los casos de Dido -la reina de Cartago-, del rey mauritano Jarbas, de Ámata, del rútilo Turno y de Diomedes. En algunos de estos casos llegamos a saber cómo es que estaban informados de los

² Los trabajos de Alejandro Bancalari, Alejandro Villalobos y Marcela Cubillos, incluidos en este libro, dan buena cuenta de los temas y avances logrados a este respecto. Sigue siendo de utilidad la obra clásica de Friedlander, L., *La Sociedad Romana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947 (a partir de la X edición alemana de 1934). Las minuciosas descripciones de las distancias, los tiempos de los viajes y los motivos para llevarlos adelante conservan, según se puede observar en los estudios recientes, validez para varios casos. En 1988, Nicolet, C. publicó su *L'Inventaire du Monde*, editado por Fayard, dando un fuerte impulso al estudio del esfuerzo intelectual y administrativo que significó la unión de la geografía y la política en el Imperio romano. Esta línea de trabajo se incrementó en los años sucesivos con una cantidad importante de estudios. De especial utilidad a este respecto me han sido Lintott, A. *Imperium Romanum, Politics and Administration*, Routledge, 1997 (1993), Clarke, K. *Between Geography and History*, Oxford Classical Monographs, 1999, y Cresci Marrone, G. *Ecumene Augustea*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1993, especialmente el capítulo “I Compromessi della Geografia Militante”. Los ascendentes estudios sobre la escritura y la lectura en la sociedad antigua, y la romana específicamente, han hecho aportes interesantes en relación a las características y volúmenes de la información escrita circulante. El estudio de Harris, W.V. *Ancient Literacy* contiene una muy lograda descripción del tema en los capítulos “The Functions of Literacy in the Graeco-Roman World” y en “The Late Republic and the High Empire: 100 B.C.-250 A.D.”. En castellano puede consultarse con provecho a Cavallo, C. y R. Chartier, R. *Historia de la Lectura en el Mundo Occidental*, Taurus, 1998 (1997), particularmente el capítulo de Cavallo, “Entre el Volumen y el Codex. La Lectura en el Mundo Romano”. Finalmente hay dos trabajos que realizan interesantes aportes, aunque sus temas no estén centrados en el argumento de la información: Torelli, M. “The Battle for de Sea Routes: 1000-300 BC.” y Rickman, G. “The Creation of Mare Nostrum 300BC.- 500 DC.”, ambos en Abufalia, D. (editor), *The Mediterranean in History*, Thames and Hudson, 2003.

³ *Eneida* I. 750 y ss.

⁴ Toda la escena en *Eneida* I. 619 Y ss. La referencia es a una de las etapas del viaje de Teucro una vez finalizada la guerra de Troya. La mayor parte de las menciones a la participación de este personaje en la guerra se encuentran concentradas en el canto VIII de la *Ilíada*.

hechos, mientras que en otros debemos atribuir su información a la Fama, de la cual se pueden encontrar cuarenta y nueve menciones directas a lo largo del poema.

La Fama se encarga de difundir la información en las grandes ciudades⁵. Lo hace llevando hasta ellas tanto las buenas como las malas noticias (*Tam ficti pavique tenax quam nuntia veri*), pero parece ser un hecho que la estimulan más aquellas que anuncian un escándalo, una tragedia o la declaración de una guerra. Esas otras, las buenas, es probable que las hiciera circular con menos prisa. El aspecto físico de la Fama se relaciona con las noticias desgraciadas que transmite: es un monstruo horrendo (*monstrum horrendum*) y enorme (*ingens*), que tiene los pies rápidos y las alas infatigables, toda llena de oídos, bocas y orejas atentas. Nadie es más rápido que ella (*velocius*). Ha hecho bien su trabajo, como hemos visto, al difundir las noticias de la guerra de Troya, lo hará más adelante cuando Dido y Eneas se unan y lo seguirá haciendo con ocasión de la llegada de los troyanos a las tierras italianas. En este último escenario, cuando muera el joven troyano Euríalo, la Fama difundirá su muerte en el campamento troyano y la hará llegar hasta los oídos de su madre (*Interes pavidam volitans pennata per urbem Nuntia Fama ruit, matrisque allabitur aurea Euryali*). Igual situación puede observarse cuando muere Palante, otro joven, y un mensajero veraz, a diferencia de lo que es el rumor, le lleve la triste noticia a Eneas (X. 510).

No puede reducirse la ilimitada capacidad de la Fama para difundir la información, a lo que ha sido señalado hasta aquí. Su quehacer dice también relación con la justa valoración de las personas y con la transmisión de las tradiciones, por lo tanto con un aspecto importante y muy considerado dentro de la sociedad romana; con la posibilidad que tienen los humanos de que sus acciones pervivan en la memoria de los hombres después de la muerte. El mismo poeta Virgilio señala en algunas ocasiones que él puede colaborar con la Fama, al resaltar una acción cuyos méritos merecen ser conocidos y famosos⁶.

Un primer caso de los seleccionados lo encontramos en el momento de la llegada de Eneas a Cartago, quien, antes de conocer a Dido, tiene la oportunidad de observar las escenas de la Guerra de Troya grabadas en los muros del templo dedicado a Juno. Allí puede apreciar que se trata de una guerra que ya es conocida en todo el orbe y que los sufrimientos de los troyanos han llegado hasta los más alejados rincones. Dido confirmará saber de la guerra: “¿quién hay que no conozca al noble pueblo de Eneas?, ¿quién no sabe de la ciudad de Troya, sus hazañas, sus héroes y los incendios de su fiera guerra? No somos, no los púnicos, de mente tan obtusa ni unce el Sol sus corceles tan distantes de la ciudad de Tiro” (I.562-568). Al

⁵ Otra descripción de la Fama es la que se encuentra en la *Metamorfosis* de Ovidio, XII. 39 y ss. Si bien se ha insistido muchas veces en la dependencia en este punto de Ovidio con respecto a Virgilio, cabe destacar que se encuentran diferencias importantes entre ambas versiones. Para Ovidio, la Fama reside en un lugar fijo desde el cual se puede escuchar y saber todo lo que pasa en el mundo, y hasta su morada “dotada de innumerables accesos y mil huecos”, donde no hay puertas, es que llegan todas las informaciones, las que son deformadas o “enriquecidas” por la gran cantidad de habitantes que se encargan de su transmisión. Virgilio, en cambio, presenta a la Fama en un trabajo solitario y desplazándose por todos lugares sin una habitación fija.

⁶ Hay otro nivel en el que circula un tipo de información más rápida en la *Eneida* y para la cual Virgilio usa el término *nuntio*. En esas ocasiones, y tal como la palabra lo indica, se refiere en la mayor parte de los casos a aquellas noticias que son entregadas de manera oral y que, en general, tienen una relación muy directa con la acción que se está desarrollando.

pedirle a Eneas que narre los hechos, le solicitará de manera expresa que los repase en primera persona y de acuerdo a su particular visión⁷.



Eneas narra la caída de Troya a Dido. Pintura de P-N. Guerin, 1815.

Todo esto fue en el principio del amor de la reina de Cartago por su huésped, situación que va a introducir un elemento desequilibrante en las frágiles relaciones que el reino de África mantenía con sus vecinos. Quienes habían autorizado la instalación de los fenicios refugiados y el inicio de la construcción de la ciudad presionaban a la reina para la realización de un matrimonio que terminara por incorporarla a ella y a su pueblo en la red del territorio. Jarbas, el rey de Mauritania aspiraba y exigía la unión. La llegada de los troyanos y la alianza de Dido con ellos, y el consiguiente rechazo a su persona, precipitó la ruptura más completa. Jarbas, cabe destacarlo, no aparece como un bárbaro, y su primera descripción en el texto lo identifica como un cultor de Júpiter y constructor de más de cien templos a la divinidad en sus amplios territorios. Al máximo entre los dioses refiere su indignación y lo increpa por desatender de esa manera a quien ha guiado a su pueblo en su culto. Y Júpiter lo escucha y atiende, no tanto porque así lo tenga establecido el destino, como por el hecho de que ningún dios romano es insensible a las quejas de los lugares en los que es objetos de culto. No dejan de ser sorprendentes las palabras con las cuales Jarbas describe a los troyanos:

⁷ Dido, en el poema virgiliano, nunca cuestionará o pondrá en duda la narración de Eneas. En sus palabras finales antes del suicidio, utiliza elementos de la versión que ha escuchado para desear mal a quien acaba de marcharse, especialmente en el momento en que le desea “que perezca con muerte prematura y rueda su cadáver ignorado, sin sepultura, en movediza arena” (IV.619-620), evocando la dramática suerte de Príamo que el troyano le había dado a conocer. En la misiva de Dido a Eneas, que se encuentra en *Cartas a las Heroínas* de Ovidio, y por lo tanto un texto contemporáneo al de Virgilio, ella descarta la versión de Eneas como verdadera respecto de lo que fue su relación.

“¡Esa mujer que erraba en mis confines
 y por dinero me compró una tierra
 por construir su mísera morada;
 esa mujer, a la que di, benigno,
 terreno de cultivo en nuestras costas,
 y que mis leyes aceptó sumisa;
 esa mujer ha rechazado, oh Jove,
 mi alianza conyugal, y ahora acepta
 como señor a Eneas en su reino!
 ¡Y ese otro lindo Paris, orgulloso,
 con su corte de Teucros, que no alcanzan
 a ser varones de verdad, ceñido
 de la mitra meonia y perfumada
 la cabellera mujeril, disfruta
 de su conquista impúdica; y nosotros
 ¡oh sarcasmo! Acudimos a tus templos
 llevando reverentes nuestros dones,
 y la inmértita fama respetamos,
 Oh Jove, de tu hueco poderío”⁸.

Tal como se puede apreciar en los versos transcritos, las referencias demuestran un conocimiento detallado del pueblo que ha llegado hasta sus costas. Eneas aparece, en las palabras del rey libio, homologado de manera muy clara a Paris. Los troyanos son los débiles derrotados en la guerra. La relación de Eneas con Paris se basa en que ambos son troyanos y los dos llegan desde el mar para apoderarse de una mujer que no les corresponde. El punto débil de la acusación es que Dido no es a Jarbas lo que Helena era a Menelao⁹. Cabe reparar con algún detalle en la descripción de Eneas, la cual se extiende a los frigios (troyanos) en general. La corte de teucros que no alcanzan a ser varones de verdad es una homologación a los sacerdotes de Cibeles, divinidad asiática con la que se identificaba a los troyanos. El cabello rizado y sujeto por cintas es una descripción que apunta a lo femenino. Jarbas rechaza todo estos aspectos de la figura de Eneas y los troyanos. Para los efectos de nuestra argumentación, lo que interesa aquí es cómo este rey, civilizado en la presentación virgiliana¹⁰, se encuentra informado con detalle de quienes han llegado hasta África y son favorecidos para una alianza por parte de la reina.

Una serie de críticas similares a Eneas son las que formularán más adelante los habitantes de Italia, con ocasión de la llegada de los troyanos a las tierras del Lacio. Las

⁸ *Eneida* IV.210-219. La traducción es de Egidio Poblete.

⁹ Véase el comentario de E. Paratore a IV. 215., así como también el de R.G. Austin en *P. Virgili Maronis Aeneidos Liber Quartus*, Oxford, s.f.

¹⁰ Una presentación muy interesante sobre la figura de Jarbas se encuentra en la voz “Jarba” de la *Enciclopedia Virgiliana*, vol., 2, pp. 884-885, a cargo de Tupet, A.M.; especialmente por lo que se refiere al modo en que Virgilio se distancia de la tradición literaria que presentaba al rey libio como una figura agresiva y amenazante, para presentarlo como un político que buscaba una alianza entre los recién llegados (portadores de la tecnología y el comercio) y los africanos, ricos en territorio y recursos.

escenas tienen algunos puntos comunes con la que recién comentábamos. Si Jarbas consideraba a Dido como la mujer a la que tenía derecho en matrimonio, en Italia el príncipe Turno sostenía lo mismo respecto de la princesa Lavinia, con quien se encontraba comprometido. La información sobre Eneas, ya fuese en África o en Italia, coincidía en mostrarlo como uno que optaba por mujeres que no le correspondían, esto es, como un troyano.

Y será a propósito de la ira que sentirán los habitantes de Italia que evidenciarán todo aquello que saben sobre estos enemigos llegados por el mar.

El primer caso con que se puede ilustrar la situación es el de la reina Ámata. La mujer del rey Latino aparece como una figura comprometida con las decisiones que se adoptan en el gobierno del Lacio y como garante de los acuerdos que habían sido establecidos y respetados por una buena parte de los pueblos que habitaban Italia, esto es, que su hija Lavinia se casaría con el príncipe Turno y que éste sucedería en el gobierno a Latino cuando el tiempo así lo determinara. Sus motivos, algo que se irá aclarando en la medida que avance el poema, son más familiares que públicos. Desde el principio ella será la gran opositora a la decisión de su marido de entregar a su hija en matrimonio a Eneas, para todos los efectos, un recién llegado. Ámata manifestará su parecer antes de quedar bajo el dominio completo de Juno, por lo tanto, lo hace desde la racionalidad que la ha llevado a su oposición¹¹. El aspecto central de su argumento puede resumirse en la pregunta ¿quién asegura que los troyanos “errantes y proscritos” hayan dado por terminado su viaje? Para ella, será el primer soplo del viento del norte el que le permita a Eneas volver a hacer lo que siempre han realizado los troyanos: raptar mujeres y abandonarlas, tal como hizo “el pastorcillo pérfido de Frigia” (Paris) al secuestrar a Helena. Esta acusación de secuestro y robo volverá a repetirse en el poema al menos en dos ocasiones¹². Al igual que en las situaciones anteriores, la información de la que todos disponen es pormenorizada y demuestra un conocimiento con cierto detalle, y excede largamente las referencias circunscritas a los hechos más sobresalientes de la guerra.

El canto noveno presenta dos situaciones en la que jefes latinos demuestran saber sobre los hechos de la guerra de Troya, y en las cuales resulta posible advertir elementos nuevos con respecto a los ya mencionados. El primero de estos casos lo encontramos en la invocación que Turno hace a sus soldados para que asalten las murallas de la empalizada en la que los troyanos se habían refugiado, a la espera de que Eneas volviese con los aliados que había ido a buscar en el territorio de Italia. En esa situación, Turno hace ver que los troyanos están repitiendo lo que una vez hicieron a los griegos (robar sus mujeres) y que no

¹¹ Una clave de lectura de las figuras virgilianas radica en atender a la primera descripción que se hace de ellas, especialmente cuando aparecen relacionadas con la diosa Juno y el efecto devastador que ejerce sobre éstas. En el caso de Ámata, hemos visto cómo busca convencer a Latino para que revierta la medida adoptada. Su postura cambiará cuando Juno se apodere totalmente de sus ideas y sentimientos, llevándola a encabezar una decidida y pública oposición al nuevo orden de cosas. Algo similar ocurrirá con el príncipe rúculo Turno. Su primera descripción es la de un hombre de paz que no se alarma mayormente ante la llegada de los troyanos al suelo de Italia, manifestándose por la guerra sólo una vez que Juno le ha insuflado el odio contra Eneas y los suyos. Ya una aproximación de este tipo había tenido lugar con Dido, quien aparece en el poema como una reina gobernante y hospitalaria, abandonando estas actividades en la medida en que, bajo el influjo de Juno y Venus, desarrolle un amor patológico por Eneas. Lo común, insistimos, es que tanto Ámata como los otros tienen una presentación inicial que diferirá de aquella que adoptarán posteriormente en la trama narrativa del poema. Un desarrollo completo de este argumento lo he expuesto en Cruz, N. “La Guerra Civil en la *Eneida*. Un estudio a partir del libro VII.”, en *Semana de Estudios Romanos*, vol. XII, 2006, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, pp. 1-19.

¹² Mezencio, el depuesto rey de los etruscos, en X. 774-775 y las mujeres latinas en XI. 484.

aprendieron nada de la derrota que experimentaron a causa de este hecho. Pero agrega que en esta ocasión experimentarán una nueva y más decisiva derrota, ya que los latinos no necesitarán mil naves, armas forjadas por Vulcano, el auxilio de los etruscos, ni recurrirán a ardid para lograr el triunfo. El discurso de Turno es típico de Virgilio, ya que en el combina distintas noticias referidas a tiempos diferentes.



Eneas en la corte del rey Latino. Pintura de Ferdinand Bol (1616-1680)

La referencia a las ‘mil naves’ se relaciona con las numerosas embarcaciones que los griegos llevaron a Troya, tal como se describe con detalle en *Ilíada* II. 484-759; las armas de Vulcano, tenderíamos inicialmente a suponer que se trata de aquellas que Hefestos forjó para Aquiles (*Ilíada* XVIII. 478 y ss.), pero aparece a continuación la mención al auxilio de los etruscos, con lo cual la referencia adquiere una dimensión inesperada, hecho sobre el cual volveremos en breve. Finalmente, los troyanos en esta ocasión no deben esperar ser derrotados mediante ardid o engaños propios de los griegos, ya sea robar la estatua de Palas Atenea o introducirse dentro de un caballo para poder vencer. Muy por el contrario, sostiene, los latinos lucharán a plena luz del día.

¿Cómo entender la mención a los etruscos en relación al contexto de la guerra de Troya, en la cual, por cierto, no tuvieron participación alguna? Una explicación la podemos encontrar en que en el canto inmediatamente precedente, donde Eneas había logrado establecer, mediante el apoyo de Evandro, una alianza con los etruscos; apoyo que permitía a los troyanos abrigar alguna esperanza de vencer en la guerra que empezaban a sostener en el suelo de Italia. Igualmente, en el mismo canto VIII, Eneas recibió el escudo que había fabricado Vulcano para él, respondiendo a una solicitud de Venus. Puede sostenerse, de

acuerdo con esto, que las dos referencias de Turno apuntan a la situación presente y no tienen una relación directa con la guerra de Troya. Pero aquí -y este caso no es único, como podremos ver más adelante al referirnos a la situación de Diomedes- la descripción de Virgilio nos permite pensar en la difusión inmediata de los hechos en el territorio comprometido por la guerra. La información circularía con gran rapidez y de manera simultánea al desarrollo del conflicto.

Las palabras de Turno, y aquí hay un segundo elemento novedoso, contienen una crítica a los griegos de la guerra de Troya (“esos torpes soldados de Argolia”) quienes sólo lograron vencer por medio de engaños, luego de que Héctor los contuviera durante diez años. A este mismo punto se referirá poco más adelante Numano, el cuñado de Turno, cuando diga que en las legiones latinas no encontrarán a los “átridas ni a aquel Ulises de engañoso labio”. Ambos comandantes de Italia demuestran también conocer con detalle el papel de los griegos en la guerra de Troya. Detengámonos todavía por un momento en las palabras de Numano en IX. 614 y ss., cuando refiriéndose a los troyanos vuelve sobre ciertos aspectos que ya hemos conocido en el poema, especialmente en la crítica de Jarbas:

“Mas vosotros usáis de vestiduras
con azafrán y múrice teñidas,
y con ellas cubrís almas cobardes;
es la danza sensual vuestro deleite,
usáis sayos con mangas mujeriles
y en la frente lleváis mitras meonias
adornadas con cintas y con lazos.
¡Ni siquiera sois frigios! ¡Frigias damas,
idos ya donde meliflua la zampoña
con sus dobles sonidos os invita!
¡Id a buscar la danza y el pandero
y el tierno caramillo con que os llama
a fiesta femenil la Berecintia!
¡Esas armas dejad para los hombres,
y renunciad al hierro de la pugna!”.

Y en XII. 99, y en referencia directa a Eneas, Turno lo vuelve a mencionar como un eunuco frigio que se riza los cabellos “rezumantes de mirra”. Acusaciones más que similares que pronuncian distintos personajes, especialmente por lo que se refiere a la indolencia, al cuidado excesivo del cuerpo y de los cabellos, a la relación con el culto de Cibeles, actividad que ya hemos tenido oportunidad de relacionar con los llamados eunucos frigios. Desde el punto de vista de la información, se puede destacar la similitud de énfasis en tres personajes (Jarbas, Numano y Turno), quienes además no tienen como fuente de información la guerra misma de Troya, ya que no participaron en ella.

Diomedes es la última figura de la cual podemos extraer algunos datos sobre la circulación de la información en el poema virgiliano. Este rey de Argos, que aportara ochenta

de las naves con que los griegos fueron a Troya, respetado y muy cercano a Odiseo, experimentó como una gran parte de los héroes griegos del ciclo troyano, problemas al retornar a su ciudad, lo que determinó su viaje e instalación en Italia. Virgilio lo recupera en esta nueva situación, cuando debe responder a la solicitud de apoyo que le hacen los latinos para que se sume a la guerra contra Eneas y los troyanos. Diomedes rechaza la solicitud e insta a evitar la guerra y establecer una paz mediante acuerdos. En la respuesta que envía a los latinos se muestra informado de aquello que sucedió a los otros héroes griegos que participaron en la guerra (Menéalo, Agamenón, Idomeneo de Creta y Pirro, el hijo de Aquiles), lo cual no tendría nada de particular, ya que Homero nos informa en la *Odisea* que los relatos de los *nostoi* se habían divulgado entre los griegos, pero agrega que “Ulises gime en la sangrienta gruta de los feroces cíclopes del Etna” (XI. 263). Otra vez aparece aquel aspecto de la simultaneidad en el relato virgiliano, y sobre el cual ya habíamos llamado la atención, por cuanto, técnicamente, Diomedes no podía tener conocimiento de una estadía de Odiseo entre los Cíclopes, situación que recién se vino a saber luego de que Ulises regresó a Ítaca, esto es, unos tres años después del tiempo en que Diomedes pronuncia sus palabras. Es difícil, por cierto que Virgilio, un poeta de extraordinaria erudición, no reparase en ese detalle.

Los personajes del poema virgiliano se muestran informados sobre los troyanos, pero han accedido a las noticias de manera diversa, lo cual evidencia que no había sólo una manera de hacerlo, si bien los trabajos de la Fama parecen tener una mayor incidencia. Dido, tal como lo hemos señalado, conoce los hechos porque hasta las costas de Fenicia llegó un griego que había participado en la guerra y narró toda la situación. Su información se verá incrementada y cotejada con aquella que le entregue Eneas. Una situación similar puede observarse en relación a lo que el rey arcadio Evandro sabía sobre los troyanos, lo cual se refiere principalmente a la situación de Troya antes de la guerra, puesto que el tuvo la oportunidad de conocer personalmente al rey Príamo y a Anquises, el padre de Eneas. Algo similar, por cierto, puede mencionarse respecto de Diomedes, quien habla por su propia experiencia como actor destacado en la Guerra de Troya. Para el caso de Jarbas, disponemos de una información precisa en cuanto a que llegó a tener un conocimiento a través de la Fama que le comunica a él, y a todos los que quisieran escucharla, que había llegado Eneas a Cartago y que su amor con Dido los había apartado de las labores de gobierno¹³. Sobre la información que demuestran conocer Ámata, Turno y Numano no se encuentra una noticia clara en el poema, pero dadas las ya mencionadas similitudes con la versión de Jarbas, cabe suponer que la Fama se las ha entregado. Se trata, como se ha podido apreciar, de un conocimiento que circula con rapidez y de una manera diversificada.

El intento de reparar en la circulación de la información en la *Eneida*, poniendo especial atención a la manera en que ésta se transmitía en los distintos niveles de la población, enfrenta algunos problemas. El primero de ellos, bastante evidente, radica en que la casi totalidad de las figuras del relato pertenecen a la élite, siendo muy escasas las referencias a figuras como la madre de Euríalo, o al grupo de mujeres que, casi de manera anónima,

¹³ Una interesante presentación y análisis sobre la labor de la Fama en relación a Jarbas se encuentra en Cairns, F. *Virgil's Augustan Epic*, Cambridge University Press, 1989, p. 49.

acompañaban a Eneas y que sólo son descritas de manera breve en la parte final del canto V. Este tipo de dificultades no se encuentran de manera privativa en el texto literario de Virgilio y pueden hacerse extensivas, con las debidas consideraciones, a la producción literaria del período romano en general.

Es probable que esto último haya incidido en el hecho de que el tema de la circulación de las noticias y de la información en la Antigüedad, haya sido escasamente trabajado por quienes se dedican a la cultura clásica. Debe recordarse que, tal como tuvimos oportunidad de indicarlo al principio de este texto, el alcance de esta afirmación se circunscribe al ámbito de aquellas informaciones que no circulan a través de textos administrativos y legales propios de la actividad gubernamental, ámbito del cual se ha llegado a tener un conocimiento bastante acabado. Corresponde, eso sí, tener en cuenta aquello que advirtiera Nicholas Purcell, sobre “el error de compartimentalizar”¹⁴ de manera excesiva estos temas, destacando cómo todos los aspectos se encontraban relacionados.

No obstante estas limitaciones, y probablemente otras muchas más, la pregunta por la información dentro de un espacio que la mayor parte de los estudiosos ha descrito como un espacio conectado parece válida y vigente.

En el inicio de este artículo nos preguntábamos sobre cuál Mediterráneo realizó Eneas su viaje y proponemos como respuesta que el viajero de los tiempos del mito lo hizo en uno del tiempo histórico que corresponde al de Virgilio, cuando estaba experimentando procesos de integración crecientes y estables. En efecto, las conquistas del último período republicano, la ordenación de los territorios sometidos por parte de los poderosos magistrados romanos de los tiempos de la crisis republicana, y muy especialmente la reciente incorporación de Egipto en condición de provincia, habían terminado por dar una forma al Imperio romano sobre la totalidad de las costas del vasto mar. Puede agregarse a esto que de manera simultánea, durante el período denominado de crisis –una definición que apunta a los aspectos políticos relacionados con la pérdida del poder de la aristocracia tradicional y de su órgano de representación, el Senado-, fueron conquistados y dominados territorios que ya se encontraban lejanos del mar Mediterráneo, que pasarían a conectarse a través de redes humanas y comerciales con el gran tráfico que se desarrollaba a través del mar¹⁵.

La *Eneida* participa de la idea augústea de un mar conquistado, controlado y comunicado, de allí el tratamiento que otorga a la circulación de la información, entendida como uno de los elementos derivados del nuevo escenario. Pero no se trata de una constatación hecha respecto del presente del autor, puesto que el poema, vale la pena recordarlo, relata el viaje de Eneas en el siglo XII a.C. El aporte virgiliano consiste en

¹⁴ Purcell, N. “Romans in the Roman World”, en Galinsky, K. *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge University Press, 2005, p. 91. Este mismo autor, junto a Horden, P. es autor de *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Blackwell Publishers, 2000. Se trata de una obra de especial interés y que aborda, en múltiples lugares y a propósito de diferentes temas, la cuestión de la interconectividad en el espacio mediterráneo.

¹⁵ A este respecto véase el clásico estudio de Nicolet, C. ya citado. G. Wolf “Provincial perspectives” en Galinsky, *op. cit.*, pp- 106-128, señala “En el tiempo del nacimiento de Augusto, Roma no controlaba casi nada más allá de las planicies de la costa mediterránea, y tampoco la totalidad de ella. Los romanos recién estaban empezando a pensar en su imperio como un vasto espacio, más que en el dominio sobre pueblos derrotados” (pp. 116-117). El artículo de Richardson, J.S. “Imperium Romanum: Empire and the Language of Power”, en *Journal of Roman Studies*, n°81, 1991, recomendado por Wolf, contiene muchos aspectos interesantes en relación al tema que estamos tratando.

destacar que esta conectividad ya fue practicada, en la proporción que le correspondía, en la época de Eneas y que estaba inscrita en la historia de Roma y del Mediterráneo desde el principio de los tiempos, lo que equivale a decir que estaba estipulada así por el destino. A partir de esto es que resulta posible visualizar su progresivo despliegue en el tiempo, desde los tiempos más remotos de la llegada de los troyanos a Italia. Tal como ha señalado G. Wolf: “La *Res Gestae*, la *Eneida* de Virgilio y las imágenes del mundo que aparecen una y otra vez en las monedas y monumentos augústeos, ofrecen los primeros reclamos explícitos al mandato divino de Roma para conquistar el mundo”¹⁶. Este punto específico ilustra lo que fue la concepción general de Virgilio sobre la historia de Roma, la cual coincide con la implementación en el tiempo de aquello que los dioses habían fijado para Roma¹⁷.

*

En un momento cronológico muy cercano al de Virgilio, y al del establecimiento del poder imperial por parte de Augusto, empezamos a disponer de una interesante cantera de datos respecto a la circulación de la información que aportará el crecimiento del cristianismo en el espacio mediterráneo. Contamos, cuestión muy poco frecuente para la Antigüedad, con un importante grupo de noticias que no provienen del centro del poder (más bien se abrieron paso venciendo una cierta resistencia), y que se originaron en la periferia de lo que era el Imperio romano, acercándose al centro a través de un largo y sostenido proceso. Cabe señalar además que fueron generadas y difundidas por sectores medios de la sociedad, entre los que se encontraban mayoritariamente los primeros cristianos¹⁸. Este segundo rasgo constituye otra novedad, puesto que la mayor parte de la información con que contamos para el período se refiere a los grupos dirigentes.

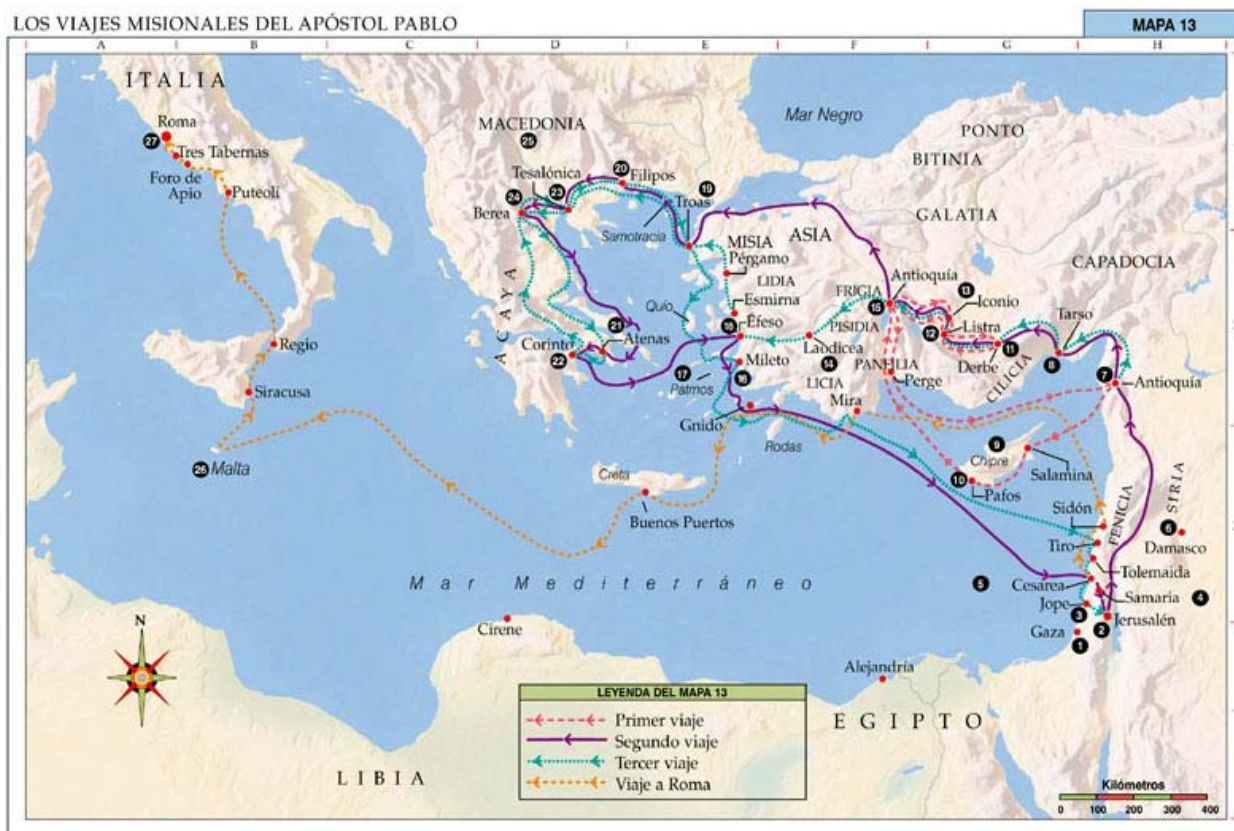
Los cristianos iniciaron una activa difusión de su religión hacia mediados del siglo I d.C., la cual ha sido identificada de manera habitual con la figura fundacional de Pablo de Tarso y sus cuatro viajes misionales (año 45 al 61). Ésta fue continuada y profundizada en los siglos siguientes mediante una extensa lista de misioneros, que llevaron su fe hasta los lugares más distantes del Imperio. Una inscripción fúnebre de inicios del siglo III perteneciente a Abercio, obispo de Hierápolis (Asia), cuya redacción hizo el propio obispo a los 72 años, constituye una muestra que nos permite observar la mencionada continuidad. Señala Abercio que viajó a Roma desde su ciudad y que desde ahí lo hizo a Siria y a todas las ciudades hasta Nisbis, después de cruzar el Éufrates. Este discípulo “del pastor casto que apacienta sus rebaños de ovejas por montes y campos” encontró a lo largo de toda la ruta comunidades cristianas instruidas en los textos, celebrando con ellos la eucaristía en la fe común. Reconoce

¹⁶ Wolf, *op. cit.*, p. 120.

¹⁷ Sobre la idea de la historia de Roma en la *Eneida*, véase a Cruz, N. “Idea de la Historia de Roma en la *Eneida* de Virgilio”, en Widow, J.L.; Pezoa, A. *et al.*, *Un magisterio vital: historia educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas*, Editorial Universitaria, Santiago, 2009, pp. 197-209.

¹⁸ Stark, R. *El Auge del Cristianismo*, Editorial Andrés Bello, 2001 (ed. Inglesa 1996).

de manera explícita que en su actividad era heredero de Pablo, a quien siempre tuvo como “compañero” en su carro. Dada la fecha en que compuso su epitafio y el lugar público en que debía figurar, no pudo hacer alarde de su condición cristiana, limitándose a cerrar su epitafio con un “Quien entienda de estas cosas y sienta de la misma manera, ruegue por Abercio”¹⁹.



Viajes de Pablo. scriptures.lds.org/es/biblemaps/13

La difusión del cristianismo contó con otros actores importantes. Algunos de ellos estarán relacionados de varias maneras con la creciente organización eclesiástica que empezaba a implementarse y que llegó a mostrar importantes grados de consolidación hacia la mitad del siglo III d.C., tal como lo encontramos descrito en la amplia correspondencia de Cipriano, obispo de Cartago. Un siglo más tarde y en el marco de un Imperio ya oficialmente cristianizado, el historiador Amiano Marcelino, un soldado cercano al emperador Juliano y

¹⁹ La inscripción fue encontrada en estado fragmentario por W. Ramsay y se encuentra actualmente en el Museo de Letrán. Durante mucho tiempo se discutió el carácter cristiano de su autor, cuestión que parece actualmente aceptada. Menos posible, a nuestro entender, es que este Abercio sea aquel que menciona Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica*, 5, 16, 2, como han señalado varios autores sin una explicación convincente. Véanse los comentarios en Marksches, C. *Estructuras del Cristianismo Antiguo, Un Viaje Entre Dos Mundos*, Siglo XXI de España Editores, 2001 (1997); Trombley, F. en “Overview: the Geographical Spread of Christianity”, en *The Cambridge History of Christianity. Origins to Constantine*, ed. By Mitchell, M. y Young, F. M, Oxford, 2006, especialmente p. 303; Trevett, C “Asia Minor and Achaea”, pp. 314 y 315, así como a Mitchell, M “From Jerusalem to the ends of the earth”, pp. 295-296, ambos en *The Cambridge History...*, recién mencionada. Una referencia interesante se encuentra en Lane Fox, R. *Pagans and Christians*, Viking, 1986, p. 276. El valor atribuido a la inscripción se encuentra bien descrito en Mullen, R. en *The Expansion of Christianity*, Brill, 2004.

crítico de los cristianos, describió al “enorme grupo de obispos que iban de allá para acá en el servicio de transportes para acudir a lo que ellos llaman sínodos”²⁰.

Otros protagonistas fueron los soldados que llevaban su fe a las fronteras y lugares distantes del Imperio, tal como lo han evidenciado las noticias y restos de una comunidad de soldados cristianos en Dura Europos. Christopher Marschies, por otra parte, ha insistido de manera informada sobre el papel que tuvieron los comerciantes en todo este proceso. Por cierto que, con el paso del tiempo, el desempeño de cargos públicos por parte de cristianos incrementó la consolidación del cristianismo en varias ciudades y su llegada a distintos lugares.

Una segunda forma de circulación de la información entre los primeros cristianos consistió en la redacción de escritos y su correspondiente difusión. Frank Trombley ha identificado las narraciones de martirios, las argumentaciones teológicas, los textos informativos dirigidos a no cristianos y las cartas, como los tipos de texto generados con mayor frecuencia²¹. De particular importancia resultaron ser las cartas, tal como ha sintetizado Leyerle: “Desde el principio el cristianismo fue un movimiento de escritores de cartas. Más de nueve mil de las escritas por cristianos en el período antiguo han llegado hasta nosotros”²². Esta información no puede sino volver a ponernos frente a la figura de Pablo, cuyas epístolas se han constituido en la mejor fuente para el conocimiento de muchos de los aspectos relacionados con el cristianismo del siglo primero. Además de la cuestión del contenido, éstas nos plantean el tema del envío, del viaje, de los portadores y de la hospitalidad.

Varias de las cartas de Pablo llegaron a sus destinatarios a través de emisarios. Timoteo, “hijo mío y querido fiel en el Señor”, y Tito, mencionado dos veces por el autor, llevaron las epístolas a los corintios, Epafrodito aquella destinada a los filipenses y Tychico la dirigida a los efesios²³. Podemos intuir que en los primeros siglos las personas que viajaban eran requeridas para llevar cartas a conocidos en las ciudades por las cuales pasarían, así como que la noticia de que partiría un viajero se convertía en motivo para que muchos se animaran a escribir²⁴.

El viaje, realizado en varias etapas, suponía la detención en las casas de los conocidos o en las hospederías que se encontraban dispuestas a lo largo del camino. Inicialmente los viajeros cristianos encontraban alojamiento en los mismos lugares que el resto, pero con el paso del tiempo, y en la medida que las condiciones así lo hicieron posible, tendieron a hacerlo en sitios donde los propietarios compartiesen la religión. En una u otra situación, cabe suponer que el viajero entregaba y recibía noticias que reproducía en las siguientes paradas.

La llegada al destino final ponía en contacto al portador de la carta con el destinatario, en caso de encontrarlo, y con los miembros de la comunidad cristiana del lugar. La

²⁰ *AMM.*, XXI. 16.18.

²¹ Trombley, *op. cit.*, p. 305.

²² Leyerle, B. “Communication and Travel”, en *The Early Christian World*, Esler, Ph. (ed.), Routledge, 2004, vol. 1, p. 473.

²³ *Primera a Corintios*: 17; *Segunda a Corintios* 8: 16- 24 y 9: 3-5; *Filipenses* 2:25-30 y *Efesios* 6: 21-22.

²⁴ En el tratamiento de este tema soy deudor del excelente artículo de Leyerle, B. “Travel and Communication”, en *The Cambridge History...*, *op. cit.*, pp. 452-474. De la bibliografía que he podido consultar, este trabajo es el único que tiene como centro el tema de la circulación de la información entre los cristianos.

hospitalidad, una vez cumplidas las pruebas de autenticidad, resultaba una obligación. Pablo vuelve a ser un informante valioso a este respecto. En *Romanos* 16: 1-2, le recomienda a Febe “recíbidla en el Señor de manera digna”. En la ya mencionada primera a Corintios, indica que si se presenta Timoteo debe ser recibido: “Procurad que esté sin temor entre vosotros, pues trabaja como yo en la obra del Señor” (16: 11). En la segunda a los Corintios les agradece el recibimiento de que fue objeto Tito (7: 15).

Se completaba así la doble forma de comunicación de la información mediante los predicadores de la palabra y por la vía escrita, mezclándose ambas en muchos casos tal como cabe suponer. En ambos casos el viajero resulta ser la figura decisiva, puesto que no había otro modo de circulación que no fuese aquel ligado al tránsito de las personas. Esto último, por más obvio que resulte, es un detalle que conviene tener siempre presente.

El viajero se desplazaba por las vías terrestres o marítimas que unían las distintas partes del Imperio, cada vez con mayor facilidad. Suetonio señala que el emperador Augusto implementó una serie de reformas para el mejor funcionamiento de las vías y para que la información circulase con mayor rapidez y seguridad²⁵. El estado de los caminos en el Imperio, así como todo lo referente a su administración en función del gobierno romano, ha sido tratado de manera reiterada por la historiografía, motivo por el cual no lo abordaremos en este contexto. Sí, en cambio, me interesa señalar que si bien se puede hacer una larga lista sobre las bondades que ofrecían al viajero, también se puede confeccionar una contraria, mencionando los problemas de su mantención, la lentitud de tránsito a que se veían obligados los usuarios, los períodos del año en que quedaban inundadas, etc. El cristianismo se difundió a través de estas vías, sin generar rutas alternativas.

¿A quienes llegaba efectivamente esta información? La pregunta no tiene una respuesta sencilla y no cabe otra posibilidad que plantearla en términos relativos. A este respecto, poseemos una carta que Plinio el Joven escribiera al emperador Trajano, probablemente hacia el año 111 d.C., un documento de extraordinaria riqueza, que contiene muchos datos sobre el tema²⁶. Su autor fue *legatus augusti* para la provincia de Bitinia Ponto (Asia Menor), “con amplios poderes para restaurar las finanzas y la administración de la provincia”²⁷, a partir del año 108 y hasta el año 111, probablemente. En un momento de su labor como gobernador recibió denuncias contra los cristianos de su provincia, las que, se deduce, contenían nombres de los practicantes de esta fe. La cuestión debió haberlo alertado, ya que uno de sus empeños mayores en el cargo había sido el de reprimir “la agitación social

²⁵ Suetonio Augusto 49,3.

²⁶ C. Plinius Traiano Imperatori 96 (97). He procedido a realizar la traducción de los pasajes citados a partir de la edición de Bellardi, G. *Plinio il Giovine, Lettere, Libro X*, Zanichelli, 1982. Una traducción completa de las *Cartas* de Plinio el Joven ha sido realizada por Julián González y publicada por Editorial Gredos en el año 2005. Todavía resulta fundamental el libro de Sherwin-White, A.N. *The Letters of Pliny*, Oxford, 1966. La carta de Plinio es analizada con todo detalle entre las páginas 691-712, incluyendo el estudio de la respuesta de Trajano, aunque presta muy escasa atención al número de los cristianos en el Ponto y a su distribución en las ciudades, pueblos y campos. Sobre la importancia informativa de la carta, véase Clark, G. *Christianity and Roman Empire*, Cambridge University Press, 2004, p. 27. Eusebio se refirió al tema en III, 33.

²⁷ Friend, W.H.C. “Persecutions: genesis and legacy”, en *The Cambridge History...*, *op. cit.*, p. 506. Respecto de la labor de Plinio como gobernador, véase Lepelley, C. “Les chrétiens et l’Empire Romain”, en *Histoire du Christianisme*, Desclée, 2000, vol. 1, pp. 238 y ss., y González, J., *op. cit.*, pp. 23 a 26.

emprendida por las asociaciones profesionales, religiosas u otras...”²⁸. Una vez atendida la acusación, procedió a citar a los cristianos y someterlos a un interrogatorio. El método llevado adelante en contra de los que practicaban una religión ilícita consistió en preguntarles “...si eran cristianos, repitiendo una segunda y tercera vez la misma pregunta, agregando una amenaza de suplicio a quien confesaba serlo”²⁹. Quienes renegaron de la fe fueron liberados, mientras que los que la profesaron sufrieron la pena capital, salvo aquellos que hicieron presente su condición de ciudadanos y cuyo juicio debía llevarse adelante en Roma. Una vez adoptados estos procedimientos, Plinio redactó una carta al emperador Trajano para obtener su opinión respecto de las acciones que había adoptado e informarse sobre la forma de abordar este problema cuando volviera a presentarse.

Plinio entrega una serie de informaciones sobre los cristianos de Bitinia. En primer lugar se refiere, quizás algo exageradamente, a su gran número (*multorum*), los cuales no sólo se concentraban en las ciudades sino también en los pueblos pequeños y en los campos³⁰. Éstos eran de “todas las edades, de todos los grupos sociales y de ambos sexos”³¹. La información, con la reserva que ya señalamos, se refiere a uno de los lugares de Asia en los que el cristianismo había tenido una difusión más temprana e intensa. Las noticias recabadas ilustran las costumbres practicadas por los miembros de la comunidad:

“Afirmaban que su culpa o error se limitaba esencialmente a la costumbre de reunirse en un día determinado antes del amanecer para cantar alternándose entre ellos un himno en honor a Cristo, como si fuese un dios y empeñarse con un juramente solemne, no para cometer delito (*scelus*) alguno, sino para no realizar robos, rapiñas, adulterios, a no traicionar la palabra empeñada y para no negarse a restituir, si así les era solicitado, algo que les habían dado en custodia. Habiendo cumplido estas ceremonias se dispersaban para reunirse más tarde en torno al alimento de una forma inocente...”

En su actuar, concluirá el gobernador, no había delito, pero sí le parecía grave y contraria a las conveniencias del Imperio la adhesión y práctica de una superstición errónea y malvada (*superstitionem pravam*), que los llevaba a un grado de obstinación desmesurada (*inmodicam*) que les impedía rendir culto a los dioses protectores de Roma y reconocer la debida autoridad del Emperador. Nada puede reemplazar a este respecto la lectura del texto original de la carta de Plinio, donde cada referencia a los cristianos va acompañada por una breve pero contundente mención a su *obstinatio amentia* (demencia) y *superstitio*. Éste, tal

²⁸ Lepelley, C., *op. cit.*, p. 238. Un aspecto que cabe hacer notar es que se trata de un documento escrito por un gobernador romano, situación muy poco frecuente entre la información que disponemos respecto del tema. Andrew Wallace Hadrill destacó hace ya varios años la indiferencia recíproca entre los historiadores romanos y los cristianos. En efecto, son pocas las referencias que encontramos al cristianismo en la abundante historiografía no cristiana, como poco o nada llegamos a enterarnos de la marcha del Imperio en Lactancio o Eusebio. Estos comentarios se encuentran en Wallace Hadrill, A. *The Later Roman Empire (AD. 354-378)*, Penguin Classics, 1986.

²⁹ Véase nota 25.

³⁰ Lane Fox, R., *op. cit.*, indica que los conflictos entre la autoridad romana y los cristianos favoreció una migración desde los centros urbanos a los rurales, situación que fue en aumento cuando las persecuciones aumentaron su intensidad y extensión durante el siglo III.

³¹ Una interesante y contextualizada presentación de este punto se encuentra en Grant, R.M. *Cristianesimo Primitivo e Societa*, Paideia, 1987 (edición inglesa 1977), p. 106.

como lo señalara hace ya tiempo Paolo Siniscalco, fue el punto en que radicó el conflicto para el gobernador Plinio³².

El escrito de Plinio, así como la breve y meditada respuesta de Trajano tuvieron muchas implicancias para los cristianos durante todo el siglo II³³, pero desde el punto de vista del argumento de la circulación de la información entre los primeros cristianos, cabe señalar que las características de vida común y en comunidad hacía posible que las noticias llegaran a todos y que, en sus reuniones, circularan con libertad entre los variados miembros de las comunidades, tanto de los campos como de las ciudades.

¿Qué tan representativa era la situación de Bitinia-Ponto de aquella del cristianismo a inicios del siglo segundo y qué generalizaciones se pueden extrapolar en caso de que esto sea posible? La cuestión es aquí tanto metodológica como relacionada con los conocimientos acumulados que se tienen sobre el tema. Alfred Von Harnack estableció, en su obra *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den Ersten Drei Jahrhunderten*³⁴ del año 1902, la idea de que la historia de la difusión del cristianismo debía hacerse a partir del estudio detallado de las distintas partes del Imperio romano, más específicamente, provincia por provincia, dado que no se había generado un crecimiento homogéneo. Centrando su estudio en el siglo III y primera parte del IV, señaló que la expansión había sido mayor en Oriente que en Occidente, sugiriendo que algunas zonas debían relacionarse con una fuerte cristianización, así como también otras en las que se había generado una intensa resistencia al cristianismo, pasando por aquellas que presentaban situaciones intermedias, dependiendo que cual fuera el lugar puesto bajo observación³⁵.

La aproximación de Von Harnack ha tenido un impacto decisivo en los estudios sobre el cristianismo antiguo y, si bien muchas de sus explicaciones han sido sometidas a discusión, se ha mantenido y profundizado el valor del estudio caso a caso, lo cual “no significa que esas iglesias -las de cada lugar- no tuviesen el sentido de pertenecer a una organización más amplia, sostenida por comunicaciones regulares e interconexiones, compartiendo ciertas creencias esenciales y prácticas”³⁶. Las publicaciones recientes de mayor envergadura siguen ocupando esta forma de aproximación al argumento, tal como lo evidencian *The Early Christian World* (2004) y el ya varias veces citado *The Cambridge History of Christianity*.

³² Siniscalco, P. *Il Cammino di Cristo nell' Impero Romano*, Editori Laterza, 1983.

³³ Para este punto, véase entre otros, Danielou, J. “Desde los Orígenes al Concilio de Nicea”, en *Nueva Historia de la Iglesia*, vol. 1, Ediciones Cristiandad, 1964, pp. 125 y ss.

³⁴ He tenido la oportunidad de consultar la edición francesa del 2004, *Mission et Expansion du Christianisme dans les Trois Premieres Siecles*, dependiente de la cuarta edición alemana de 1924 y publicada por Les Editions du Cerf.

³⁵ Von Harnack estableció cuatro categorías: la primera de ellas estaba formada por las provincias donde el cristianismo había llegado a representar una mitad de la población, ejerciendo influencia sobre los círculos dirigentes y demostrando capacidad para rivalizar con otras religiones. Los cristianos de Asia Menor –tal es la zona principal en cuestión- se encontraban ahí tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Se trata, en parte, de la misma zona descrita por Plinio unos doscientos años antes. Identificaba, a continuación, aquellas provincias en las que el cristianismo representaba una fracción importante de la población, teniendo también influencia sobre los medios dirigentes y la vida cultural. La mayor parte de sus referencias, en este caso, decían relación con Siria, donde la nueva fe no sólo se encontraba en las ciudades sino en todo el territorio, ya fuese Egipto, destacado por Eusebio como una tierra cristianizada, o Roma y algunas partes de la Italia central y meridional. Una tercera categoría era la de aquellas provincias donde la religión cristiana evidenciaban una escasa penetración, tales como la Palestina, donde todavía hacia el año 300 “se oponía una fuerte resistencia al cristianismo”³⁵. Finalmente estaban aquellos lugares donde la presencia era escasa o nula, tales como las costas del Mar Negro, el oeste de Italia, el centro y norte de las Galias y la Raecia, entre otras.

³⁶ Mitchell, M. “From Jerusalem...”, *op. cit.*, p. 295.

Origins to Constantine (2006). Esta última obra, por ejemplo, luego de consignar un breve artículo de Frank Trombley sobre las características generales de la difusión del cristianismo, se centra en un estudio pormenorizado de Asia Menor y Grecia, Egipto, Siria y Mesopotamia, las Galias, el norte de África y Roma, en algo más de cien páginas³⁷.

La circulación de la información y las noticias entre los cristianos de los primeros siglos parece haber seguido las líneas generales de la expansión del cristianismo, y de hecho los volúmenes más importantes llegados hasta nosotros provienen de aquellas zonas más cristianizadas, aunque cabe anotar los siguientes puntos: Roma, si bien no encabeza la lista de los lugares primeramente cristianizados, concentró con toda probabilidad la mayor parte de las noticias, dada su condición de capital del Imperio, así como también por la atracción que ejerció desde el principio sobre los viajeros, tal como queda registrado en el epitafio de Abercio, al cual hemos hecho referencia con anterioridad. De manera temprana esta ciudad reemplazó a Jerusalén como tierra de peregrinación para los cristianos.

Lo dicho hasta aquí debe tomarse con la debida cautela, dado que la información de que se dispone en nuestros días es escasa y fragmentaria. La lectura de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio nos advierte, a cada momento, sobre una cantidad importante de escritos que circularon en la época y a los cuales sólo podemos acceder por medio de referencias, con lo cual nuestras impresiones, y opiniones, estarán siempre marcadas por estas carencias. Anunque por cierto éste es un asunto que caracteriza nuestra relación con toda la Antigüedad y no sólo con el cristianismo primitivo.

Si la información llegó con distinta intensidad a los diversos lugares y lo hizo en tiempos diferentes, cabe intentar responder la cuestión de cuántos eran los que se interesaban en esta información y accedían, más o menos regularmente, a ella. Ingresamos así al tema del número de cristianos, uno de los más debatidos por los estudios actuales y cuya discusión tiene importantes implicancias culturales en nuestros días. Decimos que el argumento es importante para los estudiosos modernos dado que los cristianos de los primeros siglos no sintieron la necesidad de numerarse, bastándoles con hacer algunas referencias generales respecto de los muchos que se incorporaban a las enseñanzas de Jesús. El texto de Eusebio es bastante clarificador al respecto. Esta indiferencia estadística hace que las expresiones que encontramos en las fuentes deban ser tomadas con bastante reserva.

Edward Gibbon, en su célebre *Decline and Fall of the Roman Empire*, donde expone una visión crítica del papel jugado por el cristianismo en el desarrollo del Imperio, señala que hasta la llegada de Constantino al poder, los creyentes no habían logrado sobrepasar el 5% de la población del Imperio. Lane Fox es casi el único de los autores recientes que se inclina por mantener esta cifra tan baja, mientras la mayor parte la duplica, ubicándola de manera aproximada en unos 6 millones a principios del siglo IV. Rodney Stark calculó una tasa de crecimiento del cristianismo de un 40% por década, esto es, un 3,25% anual, a partir del año 40 d.C. y presentó los siguientes resultados:

³⁷ Un esquema similar es utilizado en los dos volúmenes de la *Histoire du Christianisme*, ya citado. Sobre la importancia metodológica del estudio provincia por provincia, véase Mullen, R, *op. cit.*

Año	N° de cristianos	% de la población
40	1.000	0,0017
50	1.400	0,0023
100	7.530	0,0126
150	40.496	0,07
200	217.795	0,36
250	1.171.356	1,9
300	6.299.832	10,5
350	33.388.208	56,5 ³⁸

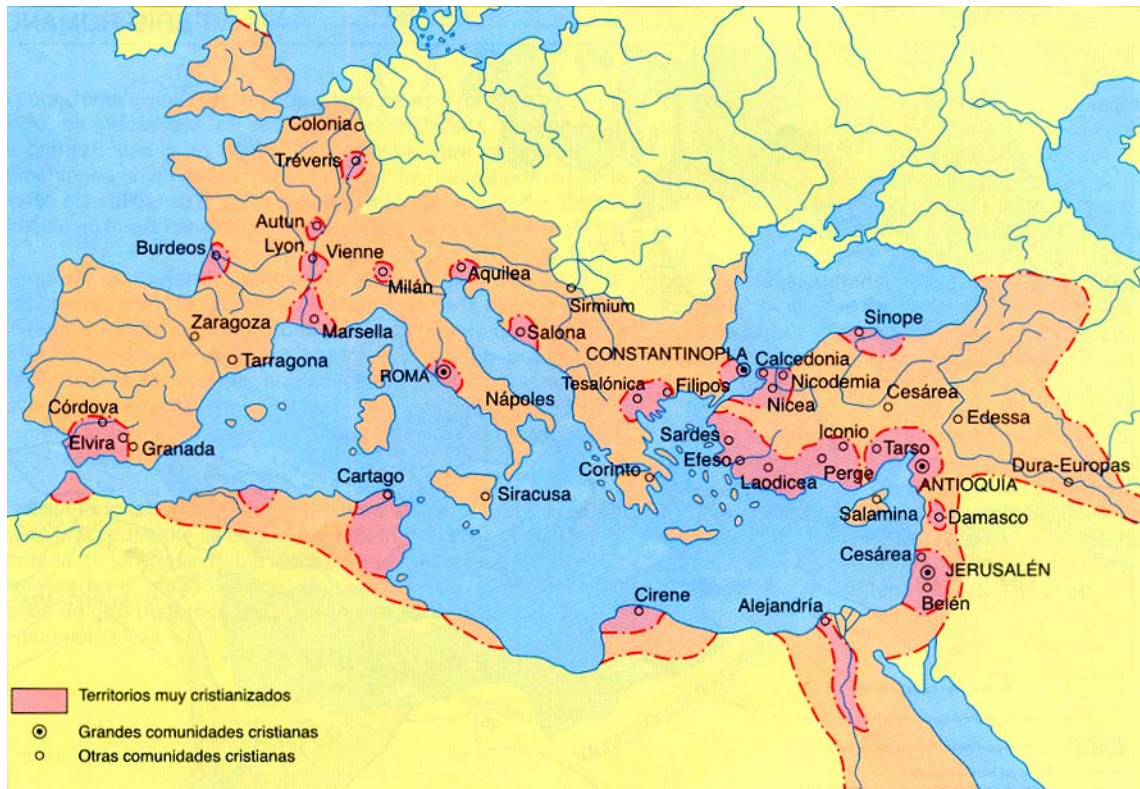
Hay algunos aspectos que es interesante considerar sobre estas cifras. El primero se relaciona con el fuerte crecimiento experimentado entre los años 250 y 300, período en el cual tuvieron lugar las represiones más fuertes e intensas contra el cristianismo, por parte de una estructura política romana que había ingresado en un período de marcada inestabilidad política y militar. Como ha señalado Peter Brown para el caso de la ciudad de Roma, comenzaba claramente a tratarse de una religión cuya fuerza nadie podía ignorar³⁹. Este crecimiento se encontraba en una fase ascendente, sin que se pueda advertir ningún signo de estancamiento o descenso. Fue ante esta realidad que el poder político romano de las primeras décadas del siglo IV decidió levantar todas las restricciones que pesaban sobre los cristianos, iniciando un acercamiento a su iglesia. Este proceso está relacionado con la figura del emperador Constantino y el apoyo que brindó a la Iglesia y al cristianismo a lo largo de su extenso gobierno, entre los años 306 y 337.

Las diferencias respecto a las cuestiones del número de los cristianos se agudizan y problematizan durante la primera mitad del siglo IV. De acuerdo a las cifras presentadas, el período de mayor crecimiento y consolidación se registró entre los inicios y mediados del siglo IV, llegando a convertirse en la religión de la mayoría absoluta de los habitantes del Imperio. No se han encontrado motivos para cuestionar estos datos, aunque sí se han generado fuertes discrepancias respecto de la manera de entenderlas. Robert Grant sintetizó hace ya treinta años una idea de Jacob Burhardt, que tuvo, y ha seguido teniendo, mucha recepción: “Aquello que hizo convertirse en cristiano al mundo romano fue lo que Eusebio y otros señalan como el evento decisivo: la conversión de Constantino. El triunfo del cristianismo en una sociedad organizada jerárquicamente se cumplió necesariamente desde lo alto a lo bajo”⁴⁰. El peso del poder político y la adhesión al cristianismo por parte de las élites habría sido crucial para el explosivo crecimiento durante las primeras décadas del siglo IV.

³⁸ Stark, *op. cit.* El autor destaca cómo estas cifras se acercan a las de la difusión de otras creencias a lo largo de la historia y plantea que “no estamos obligados a buscar explicaciones excepcionales. Más bien la historia da tiempo para que se desarrollen los procesos normales de conversión, tal como lo entienden las ciencias sociales contemporáneas” (p. 21).

³⁹ Brown, P. “La Antigüedad Tardía”, en Aries, P.; Duby, G. *Historia de la Vida Privada*, Taurus, 1991 (1985), vol. 1.

⁴⁰ Grant, R. *op. cit.*, p. 27.



Expansión territorial del cristianismo, inicios del siglo IV. En mediateca.cl/900/geografia/maphisantigua.htm

La afirmación de Grant, compartida por varios de los autores mencionados a lo largo de este trabajo, tendrá siempre a su favor el hecho de que efectivamente el cristianismo creció de manera sorprendente durante el período en que el poder político romano se cristianizó y le brindó todo su apoyo a la nueva religión, pero este hecho no debe llevar a conclusiones demasiado rápidas y tajantes. Para efectos de claridad del discurso, cabe señalar que a la afirmación de que esta idea se encuentra en Eusebio de Cesarea, podemos oponer el argumento de que la casi totalidad de la obra de este primer historiador cristiano tiende a decir lo contrario, esto es, que se trató de una formación gradual durante varios siglos y que los resultados finales se produjeron a lo largo de un extenso esfuerzo colectivo. Y yendo un poco más allá, también se puede entender la situación como la de una conversión del poder ante la constatación del crecimiento sostenido de una fe generada y difundida en el seno de la sociedad antigua. Invirtiendo la proposición de Grant, puede sostenerse que la mencionada conversión se hizo desde lo bajo hacia lo alto, sin desconocer los efectos que haya tenido el poder romano en la consolidación final.

Finalmente, ante la pregunta sobre el número de cristianos que accedían a la información, cabe deducir a partir de lo indicado, que éste fue creciente, especialmente en la parte oriental del Imperio, y que ya hacia mediados del siglo IV las noticias de y sobre los cristianos eran conocidas en todos los territorios.

Conclusiones

El estudio de la circulación de la información en el tiempo en que el Mediterráneo estuvo bajo el dominio romano permite visualizar un espacio interconectado, en el que las distintas partes se relacionaban de diversas maneras y en distintos grados. Fuese cual fuese el alcance y la modalidad en que un punto específico estableciera contacto con los otros, debía ingresar a aquella infraestructura vial que fue completada y administrada por Roma. Entre las múltiples maneras en que se puede abordar este punto, creemos que resulta posible observar el uso que hacían de ella los particulares, en cuanto individuos, pero también en su calidad de integrantes de las distintas organizaciones a las cuales adherían. La difusión del cristianismo nos parece un ejemplo ilustrativo a este respecto, dado que terminó por alcanzar la totalidad del territorio romano, involucró a grupos sociales cada vez más numerosos y se sostuvo durante un tiempo extenso.

El estudio de la formación de redes de información en el caso del Imperio romano y del cristianismo conlleva, como tuvimos la oportunidad de mencionar, problemas relacionados tanto con los escritos de la época como con las aproximaciones historiográficas que se han dado a través del tiempo a este respecto. Al hecho de que muchos escritos antiguos no hayan llegado hasta nosotros, limitando con esto nuestra información, cabe ahora agregar que entre los escritores grecorromanos y los cristianos se dio una suerte de indiferencia mutua. Llama poderosamente la atención el que en los “textos paganos” –las limitaciones del término son más que evidentes- el cristianismo resulta ser un ausente, y sólo es posible hallar referencias ocasionales, traídas a colación, la mayor parte de las veces, a propósito del tratamiento de algún argumento de la política romana. Algo similar sucede con los textos cristianos, donde la sociedad y el Imperio son mencionados generalmente en una clave cristiana autorreferente. La lectura de Eusebio, para graficar con un ejemplo, nos dice muy poco sobre la estructura social y política en la cual la creencia cristiana se formó y difundió. En sentido inverso, en la historia romana escrita por Herodiano, cuando ya el cristianismo se encontraba bastante difundido en el siglo III d.C., se encuentran unas pocas y esporádicas referencias a este hecho. Atendiendo a esta característica, pareciera que se trató de dos procesos paralelos.

El desenvolvimiento de la historiografía ha seguido hasta hace poco un camino similar, tal como se puede apreciar en la numerosa cantidad de publicaciones sobre los primeros siglos del Imperio romano en las que el cristianismo recibe una atención mínima, y es relegado, por lo general, a un capítulo final que no siempre tiene relación con los anteriores. De las múltiples historias circulantes sobre el cristianismo puede decirse otro tanto. La organización de los estudios universitarios, por otra parte, ha reflejado, y promovido, esta situación. En las facultades de Historia se estudia la Antigüedad desde sus ángulos político, cultural, social, etc., mientras que el estudio de la historia de las religiones se hace en aquellas de Teología o de Historia de las Religiones, dándose entre todas éstas la escasa comunicación que caracteriza el quehacer universitario en la mayor parte del mundo.

El tema de la circulación de la información entre personas en el largo período de tiempo abarcado entre los momentos finales de la República romana y los inicios del siglo IV

d.C. no ha sido objeto mayor de estudio entre los historiadores, ni siquiera ha recibido mayor atención entre aquellos que han dedicado sus esfuerzos a la historia de la información y circulación de las noticias en la historia. En general, para éstos el tema se constituye en el período moderno y adquiere mayor importancia en el llamado contemporáneo. Distinto es el caso bastante bien conocido de los flujos de información oficiales a nivel de gobierno, y quiero destacar que uso el término ‘información oficial’ con máximo respeto. Ubicados en esta perspectiva de estudio, el material es escaso y debemos trabajar con volúmenes acotados, pero se abre la posibilidad de prestar atención a otras fuentes que han recibido una menor atención o que no han sido trabajadas en este sentido, como por ejemplo las abundantes cartas de los cristianos.

Hay algo más, y esto dice relación con algunas opciones metodológicas que se han venido planteando desde la década de los sesenta del siglo pasado y que pese a su respetable edad no han recibido toda la detención que parece conveniente. Estos planteamientos han llamado la atención sobre las múltiples posibilidades que ofrece el estudio conjunto de la historia romana, tal como se entiende habitualmente, con el desarrollo del cristianismo que tuvo lugar en un escenario geográfico y cronológico común. A quien primero escuché desarrollar este punto fue al historiador italiano Santo Mazzarino, quien por lo demás lo había introducido en su libro *L’Impero Romano*, publicado en el año 1973, ocasión en la que se preguntaba si correspondía definir el siglo I d.C. como el ‘siglo de Augusto’ o el ‘siglo de Pedro’. En esos tres volúmenes, algo amplios para que los especialistas le prestaran la debida atención, y también un tanto complejos para cumplir su función inicial de manual de historia romana, quedaba planteado un problema que sigue siendo vigente. Y el desafío provenía de parte de un historiador de una finísima sensibilidad religiosa, socialista y escéptico sobre varias de las tendencias de su propio tiempo. La respuesta que buscó Mazzarino en la obra mencionada, así como en sus trabajos sobre San Ambrosio y el pensamiento histórico antiguo, fue la de acercar y mirar conjuntamente a Augusto (simbolizando a la Roma imperial) y Pedro (figura emblemática de la nueva fe). La clave estaba en ambos y en la manera que se relacionaron con el paso de varios siglos. Varias décadas después, Philip E. Esler ha escrito el artículo “The Mediterranean Context of Early Christianity”, en el cual desarrolla una serie de argumentos que evidencian cuántas de las características del cristianismo primitivo se debieron al hecho de haber surgido y haberse desarrollado en el contexto mediterráneo dominado y ordenado por los romanos.

La importancia del punto anterior radicará en el esfuerzo de poder percibir cuál fue el espacio e importancia del cristianismo para la sociedad antigua, y por extensión para la historia de la cultura. Hoy día pensamos el tema luego de un largo camino que fue iniciado por Edward Gibbon en su ya mencionado *Decline and Fall of the Roman Empire*. El título en inglés contenía un juego con las palabras que no resulta al traducirlo al castellano: Gibbon utilizó el término ‘decline’ de raíz latina para indicar que la decadencia se había generado por motivos internos, mientras que recurrió a la palabra ‘fall’, de raíz no latina, para señalar que el golpe final, la caída propiamente, había venido desde fuera. El declinar se explicaba por la actividad sistemática de sedición realizada por los cristianos, mientras que el ‘fall’ lo habían aportado los pueblos germanos. La obra de Gibbon constituyó un éxito de lectura en el siglo

XVIII y en los siguientes, difundiendo esta idea que permeó incluso a muchos historiadores cristianos, entre ellos el conocidísimo Daniel Rops, cuya historia de los tiempos de los apóstoles y mártires fue recomendada por el Papa Paulo VI. Para Gibbon, más que para Rops, hubo una oposición irreductible entre los romanos y los cristianos. Si bien esta idea tuvo detractores, en los tiempos posteriores se impuso la tendencia de hacer una suerte de historia separada del Imperio romano y del cristianismo, centrando la atención de este último en el período medieval. En la actualidad, y respaldados por la gran cantidad de investigaciones puntuales que han evidenciado que el cristianismo no fue un factor de la desintegración de Roma, se ha vuelto a plantear el problema sobre la profundidad de la cristianización de la sociedad antigua.

Tal como han señalado muchos autores, y aquí las cifras de Stark pueden una vez más ser útiles, el cristianismo terminó siendo un elemento central de la cultura antigua en su último período, un tiempo no tan breve, ya que medió un siglo entre la consolidación de esta fe como una mayoría y la desaparición de la estructura política administrativa en la que se había cobijado.

La historia de la circulación de la información y las noticias entre los cristianos abre una posibilidad de abordar el tema expuesto en las líneas finales del párrafo anterior, por cuanto permite visualizar hasta qué punto se trató de la cristianización de una sociedad y de por la acción político-religiosa de sus dirigentes.